

Arte, Ciencia e Historia.

La Arqueología es una ciencia de observación, que proporciona sólidos conocimientos al historiador y al artista, para el cultivo de sus campos; la Arquitectura, aún dentro de las más sublimes e inspiradas concepciones, necesita el sólido apoyo de las matemáticas; la Pintura, dejaría de ser arte, si careciese de la lógica preparación de la perspectiva y del colorido; la Música, antes de ser arte, es una rama fundamental de la Física. No hay arte sin el cimiento de la Ciencia.

Recíprocamente, un buen número de ciencias, especialmente las experimentales y las de investigación práctica, necesitan en sus formas operatorias cierta intuición o habilidad en el operador, que proporcionen el mayor rendimiento a su labor. El Geólogo que estudie un terreno estratigráficamente, no pretenderá golpear brutalmente la mole pétreo para examinar su interior, ni dar un corte transversal con fantástica herramienta; el geólogo, en el campo, busca los barrancos profundos, los lugares de dislocación, las soluciones de continuidad, y por deducciones más o menos ingeniosas, construye el perfil deseado, o sea, que procede con arreglo a los dictados del arte.

El Arqueólogo en sus excavaciones, estudia las capas de materiales procedentes de diversas épocas humanas, y cada moneda, cada fragmento que en ellas encuentra, es un poderoso elemento para la deducción de fechas y realidades. El Geólogo, sigue los mismos o parecidos procedimientos, y para él los fósiles son las más preciadas monedas, que le marcan la época de formación de cada piso geológico en la historia del Globo.

La Historia propiamente dicha, se refiere al estudio de los hechos y vicisitudes del hombre a partir de la aparición del documento histórico. La Prehistoria, estudia los hechos humanos anteriores a la Historia positiva y es una rama tanto de la Historia como de la Geología, sirviendo de precioso enlace entre ambas ciencias.

Nuestro Planeta, que tanta maravilla y obra de arte nos presenta, es una morada permanente de los más bellos fenómenos, y para su contemplación, tenemos que recurrir a la Ciencia geológica, la que nos ofrece su historia completa. Por lo que a Toledo respecta, es necesario para el investigador, remontarse más atrás

de los tiempos históricos y buscar en el aspecto geológico y fisiográfico del peñón, la razón de existencia de la ciudad.

Los numerosos escritores que de Toledo se ocupan, dedican en las primeras páginas de sus tratados, algunas notas para describir el cerro de Toledo en su aspecto natural, y en general lo hacen incurriendo en groseros errores.

Esquema geológico.—Terrenos (Lámina 1).

Si damos un vistazo a los terrenos que se extienden por los alrededores de Toledo, comenzando por el mediodía, vemos una serie de cerros que son el borde de una meseta, llamada por los Geógrafos «Meseta toledana». Está constituida por materiales *arcaicos*, o sea de los correspondientes a la primitiva corteza de la Tierra, si bien profundamente metaforzados. El elemento petrográfico que forma casi íntegramente dicha meseta, es el *neis*, intensamente fragmentado o diaclasado y con interposiciones de otros materiales hipogénicos.

Los cerros de Santa Bárbara, San Blas, La Sísia, La Bastida y el de Toledo, constituyen el borde de la meseta, limitada según una alineación perfectamente definida por el contacto de los terrenos modernos situados a su Norte. El peñón toledano ha quedado separado del bloque arcaico, de un modo caprichoso.

Las suaves lomas de terrenos arcillosos que contemplamos por el lado septentrional, tampoco son verdaderas elevaciones montañosas, sino el frente de otra meseta recortada hacia su mediodía, y en esta vertiente la erosión ha labrado las formas características de los terrenos ondulados. Tales terrenos, son las arcillas-areniscas de uno de los pisos del *mioceno* (terciario) y están recubiertas en algunos puntos por terrazas *cuaternarias*.

La planicie de la Vega Baja y cañada de ganados, pertenece al *diluvial* o *cuaternario*, y por último, las zonas de la Vega y Safont corresponden al *actual* o *aluvial*.

Si en los órdenes arqueológico y artístico, se presentan en Toledo numerosas incógnitas, otro tanto sucede en el suelo bajo su aspecto geológico. Un pequeño manchón de terreno *terciario* de facies marina, forma los «Cerros de la Rosa», entre el arroyo del mismo nombre y la carretera de Ciudad Real; este afloramiento, ha sido objeto de un detenido estudio por parte de los más eminentes geólogos, y hasta hace pocos años no fué debida-